

MARIA JOSÉ LASAOSA

La ciudad : un espacio para los afectos y la memoria

MARIA JOSÉ LASAOSA
es arquitecta y urbanista.
Vive en Almería.

La autora defiende la idea de que la arquitectura no se hace sólo con elementos tangibles sino también con los intangibles, y que los sentidos y la memoria son necesarios en el diseño de la ciudad.

Recuerdo con emoción las clases que impartía un reconocido arquitecto durante mis años de estudiante en la Escuela de Arquitectura de Barcelona. Nos explicaba cómo el proceso proyectual debía iniciarse desde el conocimiento previo del lugar; únicamente el análisis exhaustivo de aquél podía darnos las herramientas que nos permitieran que nuestra actuación fuera respetuosa y dialogante con el medio donde proyectábamos. En los últimos años veo con infinita tristeza que este arquitecto, que conseguía provocar en nosotros la curiosidad y el afán de conocer, ha olvidado sus propias teorías: piensa que el lugar es él. Y, siguiendo con mis años de estudiante, también recuerdo que ningún profesor nos habló jamás de que la arquitectura no se hace sólo con los elementos tangibles (el hormigón, la madera o el vidrio), sino también con los intangibles (los afectos y la memoria), ya que, como dice Pascuala Campos, la necesidad y el deseo son dos parámetros urbanos.

En este momento estoy llevando a cabo un estudio en el Centro Histórico de mi ciudad, Almería, un Programa de Actuación Urbanística de un sector de la ciudad histórica especialmente delicado y que pronto formará parte del recuerdo si no se toman medidas a corto plazo. Dos estudiantes han estado durante el mes de Agosto en mi estudio para empezar a conocer de cerca el funcionamiento de un gabinete de arquitectura. Cuando les daba pautas que les pudieran ayudar a conocer la ciudad histórica les hablaba de que no se limitaran a analizar cómo se había formado a lo largo de la historia y los diferentes estilos arquitectónicos de sus edificios, les decía que se fijaran también en todo aquello que los sentidos nos permiten apreciar: el color, el olor, el tacto y, especialmente, en los afectos y en la memoria de sus habitantes, que hablaran con ellos, que les preguntaran por dónde les gusta pasear, qué elementos de la ciudad les facilitan lo cotidiano y cuáles les hacen la vida más difícil. Me miraban con ojos sorprendidos: en la escuela de arquitectura nunca les habían hablado de estas cosas intangibles.

Almería ha sido designada sede de los Juegos del Mediterráneo que tendrán lugar en el año 2005. Con tan fausto motivo se pretende construir

una ciudad olímpica. A nadie se le ha ocurrido analizar la ciudad y ver cuáles son los espacios cuya cualificación urbanística permitiría equilibrar y vertebrar una urbe que cada día es más inhóspita. Se sigue el modelo de Sevilla durante la Exposición Universal del 92: se excavó en La Cartuja un hoyo muy profundo donde pudo enterrarse al mismo tiempo el dinero y las necesidades de Andalucía; invito a quien quiera a que se dé un paseo por la Isla de la Cartuja en su actual estado y vea todos aquellos magnos edificios desplomándose por falta de uso. Almería tiene una bahía muy hermosa, parte de la cual pertenece al Parque Natural del Cabo de Gata; es una tierra cuya dureza es la causante de la emoción que provoca, un paisaje de aparente desolación cuajado de especies vegetales únicas y quemado por una luz especial. Pues sí, se ha decidido que es el lugar adecuado para instalar la futura ciudad de los juegos; para ello se dotará a la bahía, hasta ahora virgen, de magníficos hoteles en primera línea de playa, de viviendas para los deportistas que se pretende sean posteriormente compradas por europeos ricos y de amplios y numerosos campos de golf, porque ¿qué lugar es más adecuado que nuestro magnífico desierto para ello? Al igual que en el caso de la Isla de la Cartuja, invito a quien todavía no conoce esta espléndida tierra a que lo haga antes de que el gran acontecimiento la destruya.

Y antes de entrar en el tema específico sobre el que se me ha pedido que escriba —la necesidad de crear un nuevo concepto de desarrollo de ciudad—, permítanme que les plantee otro de los problemas candentes de la ciudad donde vivo: los inmigrantes. Antes de los desdichados acontecimientos de la última primavera en El Ejido, el problema descansaba debajo de una gran alfombra. La memoria histórica es corta. Parece ser que no nos acordamos de que hemos sido un país de emigrantes y de que por ello deberíamos saber que la emigración es una tragedia para todas aquellas personas que no tienen más remedio que alejarse de los suyos para poder comer. Hace muchos años que vemos cómo nuestras calles van poblándose de personas de tez más oscura a las que se mira con recelo en muchísimos casos. Se sabe que trabajan bajo los plásticos con temperaturas infernales, en duras y largas jornadas, pero no se quiere saber nada más. La mejor forma de solucionar un problema es no verlo, ya que si no existe no hay nada que resolver. Únicamente el estallido de tantas personas hartas de explotación, de humillación y de carencias hizo visible el problema. A las duras condiciones del trabajo tienen que sumar el habitar en cortijos muchas veces ruinosos y recónditos, dispersos por los invernaderos, por los que se les pide un alquiler desorbitado. No se les quiere en las ciudades, no deben mezclarse con nosotros, los de piel clara; utilizamos su trabajo pero luego deben volver al «ghetto» con sus iguales. Han transcurrido varios meses, apenas se habla de ello, como el tema ya no es de actualidad parece ser que el problema no existe, las promesas que se les hicieron han caído en saco roto ya que apenas se ha cumplido alguna de ellas. Siguen viviendo hacinados y separados. Ni se ha hecho ni se está haciendo nada.

Las ciudades han crecido ignorando tanto las necesidades y deseos de sus habitantes como las condiciones derivadas de sus características físicas, emplazamiento, tipo de paisaje y clima. Son objetos de deseo divididos en distintas porciones que se compran y se venden, ya que los intereses determinantes que condicionan el desarrollo urbano son los especulativos, dando lugar a monstruos que nos devoran. El diseño de las ciudades determina la calidad de vida de todos, al ser el soporte físico de la mayor parte de las actividades que llevamos a cabo. Han sido diseñadas a lo largo de la historia por hombres que han reflejado en ellas sus intereses, despreciando los de todas aquellas otras personas que las habitan de otra manera. Se han dividido en distintos sectores con usos diferentes que han provocado la segregación de espacios y de formas de vida en función de la renta, la raza, el género y la edad. De este gran supermercado en que se está convirtiendo nuestra cultura sales con el carro lleno, pero no sabes qué es lo que has comprado. Los prebostes se reúnen para dirimir sobre el bien y el mal, sobre la cultura del Mediterráneo, hablan de las dos orillas, y al final todo se resume en una actuación folclórica. El academicismo es un intercambio de favores. Los políticos buscan actuaciones que sean rentables políticamente en el tiempo que dura su mandato, con el objetivo de poder capitalizar los resultados.

Pero a pesar de todo creo en la utopía. Y la utopía tiene nombre de mujer. A lo largo de la historia hemos sido invisibles, no hemos sido sujetos que deciden, sino meros objetos, y se nos ha robado el derecho a configurar nuestros espacios. Es preciso analizar la ciudad con mirada de mujer que la vive intensamente y que la vive de otra manera, porque tradicionalmente han recaído en ella las responsabilidades afectivas y los trabajos cotidianos. Vamos a dar voz a esa mirada y a crear alternativas de ciudad, ciudades que sean espacios para el afecto y que no nos roben la memoria. No poseo recetas, sólo sé que es necesario conocer cómo viven las mujeres, los hombres, los niños, los ancianos, los discapacitados físicos... y todo el amplio abanico de seres humanos que poblamos en ellas. La demanda social, y en particular la femenina, ha evolucionado hacia nuevas formas de vida a las que todavía no se les ha dado respuesta. Hemos esperado a la casi esquilmación de nuestro planeta para plantearnos que sus recursos no son inagotables y que si queremos que la especie humana sobreviva es preciso ser respetuosos con el medio ambiente. Pero, a pesar de que se discute de ello en innumerables foros, no se dan pasos que modifiquen sustancialmente el diseño de las ciudades. Es necesario poner el urbanismo al servicio de la memoria, los afectos y las necesidades de toda la sociedad, diseñando espacios que den prioridad al ser humano y faciliten su igualdad. Es urgente que nuestras ciudades sean respetuosas con el medio ambiente, tanto durante su proceso de construcción como en su funcionamiento posterior.

Dejemos de practicar el planeamiento de forma alejada a los usuarios y reconozcamos los intereses de la vida cotidiana de los diferentes grupos, considerando el aspecto del género en todos los sectores y estamentos. Si todas las personas no viven la ciudad de igual manera, tengámoslas en cuenta a la hora de tomar decisiones que pueden afectar tanto a sus vidas. ¿Alguien ha pensado en los largos trayectos que las mujeres realizan a lo largo del día para resolver los problemas cotidianos? Si se convierten las ciudades en sectores diferenciados según usos (la zona comercial, la ciudad sanitaria, la parte escolar, la de oficinas, la residencial...) y además se prima la construcción de grandes vías para el automóvil en detrimento de un buen transporte público, la persona que tiene un trabajo remunerado en el ámbito público y que además es la responsable del doméstico (hacer la compra, llevar al niño al colegio, acompañar a la abuela al hospital...), convierte su vida en un verdadero infierno al tener que realizar tantos recorridos, habitualmente en transportes públicos deficientes. Porque es la mujer quien en la mayoría de los casos asume este papel; es ella la que tiene un doble trabajo y la que va andando o en autobús, ya que cuando en la unidad familiar hay un solo vehículo, casi siempre es el varón el que lo utiliza para desplazarse al lugar de trabajo. Se debería garantizar la igualdad de oportunidades de acceso a los servicios urbanos, creando equipamientos básicos en el ámbito del barrio, ya que la cotidianidad es más amable cuando los servicios necesarios para la vida pueden encontrarse en escalas reducidas. Cuánto mejor es tener un pequeño parque próximo a la vivienda, que permita su uso habitual, que un gran espacio libre si necesitas tanto tiempo para llegar a él. Rechacemos un urbanismo cuyo interés primordial es plasmar en planos los usos del suelo, la localización de la actividad, la segmentación del territorio... olvidando que en esos espacios viven personas que se relacionan a otra escala. Exijamos que se invierta en una red de transporte público que permita a mujeres y hombres beneficiarse de él. Se han hecho grandiosas inversiones a gran escala, red de autovías, pero no se ha resuelto el problema del transporte a pequeña escala, donde acaso sea más preciso. Y de nuevo vuelvo a mi ciudad, aunque sus problemas son los de la mayoría. Al centro histórico de Almería únicamente se puede acceder andando, en vehículo privado o en taxi. La mayor parte de su población es de elevada edad y con escasos recursos económicos, y por ello les está vedado el uso de este tipo de transporte público; el proceso de abandono del centro ha llevado consigo el progresivo cierre de comercios, por lo que es necesario acudir a la ciudad nueva para resolver multitud de necesidades. No existe ningún sistema de transporte público mediante vehículos de tamaño medio, como microbuses, que permita a todas estas personas un cómodo desplazamiento. Cada día la Administración compra autobuses más grandes que circunvalan el casco histórico pero no pueden penetrar en él. Como casi siempre, los intereses de los más débiles son ignorados. Las mujeres podemos ser catalizadoras de nuevas políticas de movilidad. Usamos el transporte público con más frecuencia e intensidad que los hombres y, además, solemos caminar. Estamos familiarizadas con

los medios de transporte colectivo y con sus deficiencias y, por lo tanto, podemos mejorar este tipo de transporte y poner en funcionamiento un sistema eficaz que compita con el automóvil.

La arquitectura vernácula ha utilizado tradicionalmente energías renovables, las únicas inagotables y que no producen residuos, diseñando el cobijo en función de su máximo aprovechamiento. Utilicemos los recursos que ofrece el clima, diseñando elementos constructivos para aprovechar sus ventajas; utilicemos al mínimo materiales que no sean reciclables, de proceso de elaboración contaminante o escasos en el planeta. Planteemos el proceso constructivo de forma global, teniendo en cuenta el ciclo completo: materiales y energía utilizados desde su extracción, manufactura, transporte, construcción, uso, mantenimiento, demolición y reciclaje de residuos. No hace falta explicar las razones perversas y bastardas que impiden un rápido desarrollo y uso de estas energías alternativas en este gran supermercado estilo "parque temático" en que se está convirtiendo el mundo.

Y, a pesar de todo, creo en la utopía. Imagino ciudades con trazado humano que no sumergen a sus habitantes en la soledad, ciudades donde nos reconocemos porque no se ha borrado el pasado, que son el escenario donde una colectividad se estimula y enriquece, al estar construidas, como dice Emilio Lledó, con el reposo de la memoria. Veo lugares de encuentro donde no existen barreras infranqueables para ancianos y niños, donde se facilita el ocio, el paseo y el contacto con otras personas. Por fin se ha entendido el oficio de la arquitectura como un servicio a la sociedad y no como una plataforma de exhibición narcisista, ya que las pautas de la organización espacial las dan el conocimiento del lugar y el cómo y quién lo utiliza, y porque con la educación se ha logrado la existencia de una conciencia social que permite la igualdad de posibilidades, de género y de raza. En las escuelas de arquitectura se habla de lo intangible. Se interviene en el paisaje una vez que se ha producido la comunión con él, potenciando sus elementos y poniéndolos en valor. No existen campos de golf en la bahía de Almería. Nadie sujeta el bolso con más fuerza porque se cruza por la calle con una persona físicamente diferente. Los emigrantes viven con nosotros. Las mujeres compartimos el poder sin que por ello seamos objeto de primeras planas en los periódicos. Hemos conseguido crear una sociedad justa y paritaria en la que el poderoso ya no explota al débil.

Es necesario que se participe colectivamente en la creación del espacio. La ciudad no debe suponer una vasta inversión de tiempo y de superación de dificultades ni debe crecer de espaldas a sus usuarios, sino servir de soporte adecuado a sus actividades y relaciones. El espacio determina formas de vida, primando en este momento a aquellos que lo han conformado según sus necesidades y siendo ajeno a los intereses de la

mayoría. Hay que romper el techo de cristal que nos ahoga y eliminar barreras, de forma que poco a poco vayamos acercándonos a la utopía.

"... Los que hoy reconocemos la barbarie que son nuestras ciudades porque guardamos aún el recuerdo de bulevares, de paseos, de rincones que fueron evocadores para nuestra vida, tenemos el compromiso de devolver al niño esa memoria de la que no ha podido participar, procurando que sea capaz de soñar y de inventar ciudades mejores que las que ha heredado, recuperando algún día la vida urbana como fuente y goce del aprendizaje humano".